

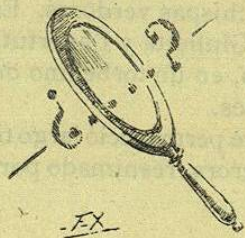
dirigióse al cuarto de su esposa, y hallóla todavía en cama. La buena mujer le alargó la mano, diciéndole:

—¡Pobre amigo mío! he sabido esta noche en sueños la aventura que te privó de tu reflejo en Italia: te compadezco y te perdono. El poder del demonio es grande; pero Dios es más fuerte, y espero que á esta hora estará destruido el encanto, porque he rezado por ti toda la noche. Toma este espejo y mírate.

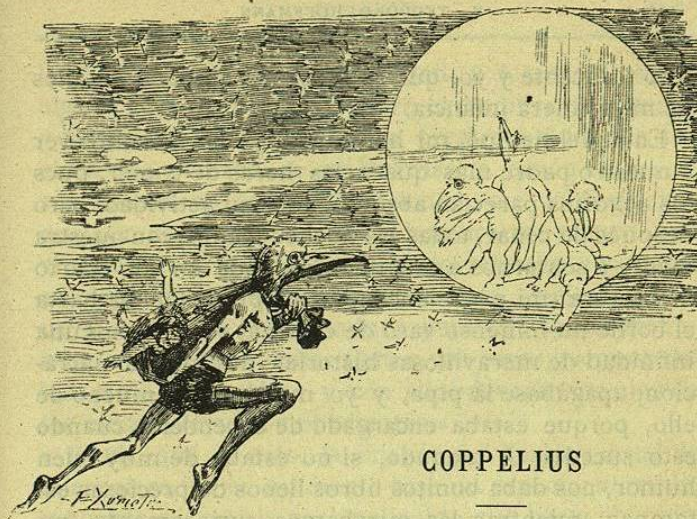
Erasmus palideció: el cristal no reproducía sus facciones, y dejóle caer con desaliento.

—¡Ah!—exclamó la mujer—parece que no has hecho bastante penitencia, y por lo tanto, querido esposo, es preciso que vuelvas a Italia á buscar tu reflejo. Algún buen santo obligará tal vez al demonio á devolverte. Abrázame, Erasmus, y buen viaje; cuando vuelvas como debes, serás bien recibido en esta casa.

Al decir estas palabras, la mujer de Spicker se volvió de cara á la pared, cerró los ojos y comenzó á roncar. Erasmus, con el corazón oprimido, quiso abrazar á su hijo, pero éste se alejó de él gritando como un perro cuando le castigan. Entonces el pobre padre empuñó su palo y salió del domicilio conyugal sin decir una palabra. Hace ya tiempo que recorre el mundo. Cierta día encontró á Pedro Schlemihl, y aquellos dos infortunados seres proyectaron viajar juntos, ocultando mutuamente su falta: Erasmus Spicker ofreció la sombra necesaria á su compañero de viaje, que en cambio le prestaría el reflejo; pero no pudieron convenirse, y separáronse injuriándose uno á otro.



COPPELIUS



COPPELIUS

NATANIEL Á LOTARIO

SIN duda estáis todos inquietos por no haber recibido noticias mías hace tanto tiempo: mi madre se aflige; Clara piensa tal vez que hago aquí vida de loco y que la olvido; pero diariamente y á todas horas pienso en vosotros, y por la noche veo en sueños la figura angelical de mi linda Cherchen con su cándida sonrisa; pero algo terrible acaba de turbar la tranquilidad de mi vida.

¡Ay de mi, pobre Lotario! ¡Cómo te referiré el espantoso acontecimiento! Era el 20 de Octubre, á medio día poco más ó menos, cuando ví entrar en mi casa un vendedor ambulante que venía á ofrecerme unos barómetros. Por toda contestación le envié á los diablos con su mercancía, y como me viese hacer ademán de arrojarle escaleras abajo, retiróse prudentemente. Sin embargo, antes de darte á conocer las funestas relaciones que la fatalidad debía crear entre aquel mal-

dito traficante y yo, quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia.

En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver á nuestro padre más que á las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; pero después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre á sentarnos á una mesa redonda en un cuarto de costura; mi padre encendía su pipa, llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y referíanos una infinidad de maravillosas historias; durante la narración, apagábase la pipa, y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando esto sucedía. A menudo, si no estaba de muy buen humor, nos daba bonitos libros llenos de preciosas estampas; mientras las mirábamos curiosamente, mi padre se recostaba en su sillón de encina, y lanzando con febril actividad bocanadas de humo, desaparecía de nuestra vista en una espesa bruma. Aquellas noches mi madre estaba triste, y cuando el reloj daba las nueve, decíanos: «Vamos, ya es hora de acostarse; id á dormir pronto, porque viene el *hombre de la arena*.» Apenas pronunciaba estas palabras oía yo en la escalera un ruido de pasos pesados; sin duda sería el hombre misterioso de la arena.

Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre, por lo cual pregunté á mi madre quién era el extraño personaje con cuya venida nos amenazaba, y que nos obligaba siempre á salir de la habitación. «No hay hombre alguno de la arena, querido hijo, contestó mi madre; cuando digo que viene, quiero indicar solamente que tenéis sueño y que cerráis los ojos como si os hubieran echado arena.» La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigóse la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la esca-

lera. Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los niños, pregunté al fin á la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel ser misterioso. «¡Ah! Thanelchen, me contestó, veo que aún no le conoces. Es un hombre muy malo que viene á buscar á los niños cuando rehusan acostarse; arrójales puñados de arena á los ojos, enciérralos en un saco y se los lleva á la luna para que sirvan de alimento á sus hijos; estos tienen, así como los mochuelos, picos ganchudos; y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes.»

Desde que oí esto, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir, estremeciame de espanto. «¡El hombre de la arena, el hombre de la arena!» exclamaba yo, corriendo á refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche atormentábame la terrible aparición. Yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; pero el tal personaje seguía siendo para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban algunos días sin que viniera, pero luego sucedíanse sus visitas sin la menor interrupción. Esto duró algunos años, y no pude acostumbrarme á la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada vez más. El hombre de la arena me conducía á la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños. Nada me agradaba tanto como oír ó leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero á todo esto anteponíase el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso ó carbón en las mesas, en los armarios y

en las paredes, representándole bajo las figuras más extrañas y horribles.

Cuando llegué á los diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños é instalóme en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre: se nos había dado orden de acostarnos cuando, al dar las nueve, oyésemos los pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi padre, y poco después parecíame que se percibía un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces deslizábame con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor cuando mi madre se había alejado, pero sin descubrir nada, pues el hombre misterioso había entrado siempre cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al paso. Cediendo al fin á un impulso irresistible, resolví esconderme en la habitación misma de mi padre, y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierta día, por el silencio de aquél y la tristeza de mi madre, presentí que el hombre misterioso vendría; y bajo el pretexto de un gran cansancio salí del cuarto un poco antes de las nueve y ocultéme en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso pesado, lento y sonoro, resonó en el vestíbulo, dirigiéndose hacia la escalera; mi madre pasó rápidamente junto á mí con mi hermana, y entonces abrí suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso é inmóvil, de espaldas á la puerta, y no me vió: un momento después hallábame oculto en un armario destinado á colgar la ropa, que sólo se cubría con una cortinilla. Mi corazón palpitaba de temor: la campanilla resuena con estrépito, la puerta se abre bruscamente, y no sin hacer un esfuerzo atrévome á entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena

está delante de mi padre, y la luz de los candeleros se proyecta en su rostro; aquel sér temible, que tanto me espantaba, es..... el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa; pero la figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

Figuraos un hombre alto, ancho de espaldas, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillan dos ojos de gato, y nariz larga, que se encorva sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contrae á menudo por una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloran entonces los pómulos, y á través de los dientes apretados escápase una especie de silbido. Coppelius vestía siempre levita de color gris, cortada á la antigua, chaleco y calzón por el mismo estilo, medias negras y zapato con hebilla. Su peluca, muy pequeña, apenas tapaba y cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los tirabuzones no llegaban ni con mucho á las orejas, muy grandes y coloradas; y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. Toda su persona, en fin, era espantosa y repugnante; pero sus largos dedos huesosos y velludos nos desagradaban más que todo, hasta el punto de que no queríamos comer nada de lo que él tocaba. Coppelius lo había notado, y cuando nuestra madre nos ponía furtivamente en el plato algún pedazo de pastel ó un confite, complaciase en tocarlo bajo cualquier pretexto; de modo que, llenos los ojos de lágrimas, rechazábamos con disgusto las golosinas que tanto nos gustaban. Otro tanto hacía cuando nuestro padre, en los días de fiesta, nos daba un vasito de vino con azúcar; pasaba la mano por encima, ó acercábale á sus cárdenos labios, y reía con expresión verdaderamente diabólica al observar nuestra repugnancia y oír los sollozos que manifestaban

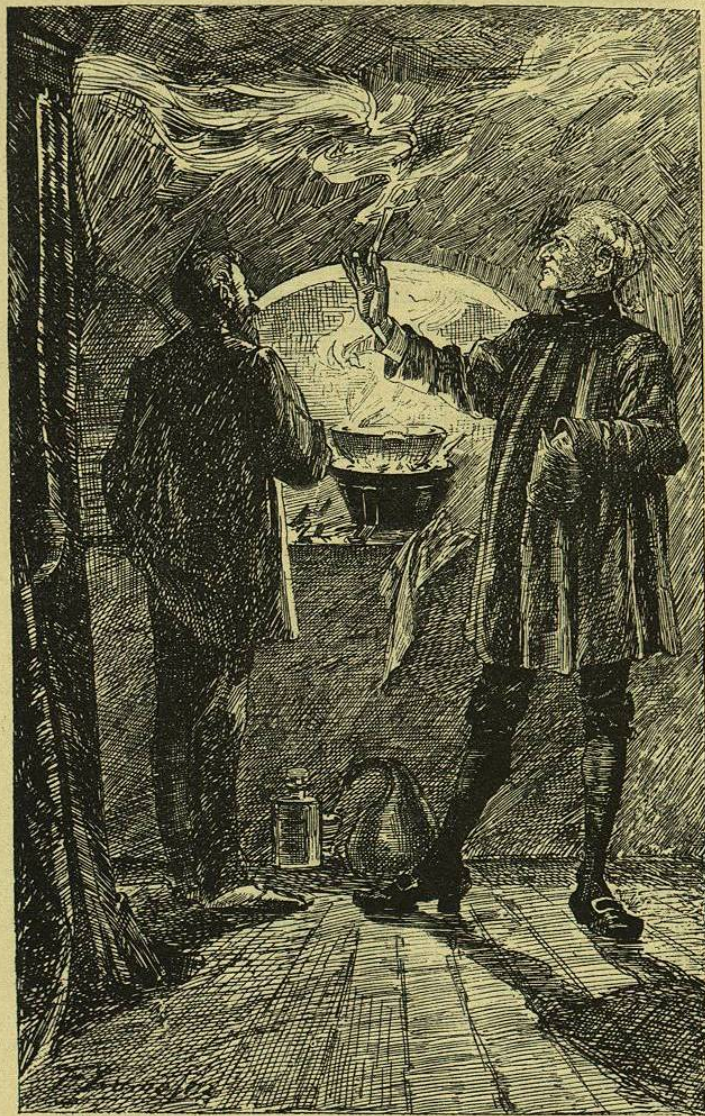
nuestro disgusto. Siempre nos llamaba *sus pequeños animales*, y nos estaba prohibido quejarnos ó abrir la boca para decir la menor cosa. Nuestra madre parecía temer tanto como nosotros al espantoso Coppelius, y en cuanto al padre, conducíase en su presencia con la mayor humildad. En un principio, habíame figurado ya que el *hombre de la arena* no podía ser otro sino aquel odioso personaje, y en vez del sér extraño de los cuentos de nuestra buena madre, veía en él algo de satánico é infernal, que debía atraer sobre nosotros alguna terrible desgracia.

No obstante, por el temor de ser sorprendido reprimí un movimiento de espanto y me acurruqué lo mejor que pude en el fondo del armario, dejando sólo el espacio suficiente para ver la escena.

Mi padre recibió con el mayor respeto á Coppelius; pero éste exclamó al punto con voz ronca: «¡Vamos, manos á la obra!» Al mismo tiempo despojóse de su levita; mi padre le imitó, y ambos se pusieron unas blusas de color oscuro que sacaron de un hueco practicado en la pared, en el cual ví un hornillo. Coppelius se acercó, y casi en el mismo instante ví brotar bajo sus dedos una llama azulada que iluminó la habitación con diabólico reflejo. En el suelo pude ver esparcidos varios instrumentos de química. Cuando mi padre se inclinó sobre el crisol en fusión, su semblante adquirió de pronto una expresión extraña; sus facciones, crispadas por un dolor íntimo, tenían algo de la odiosa fisonomía de Coppelius; este último sondeaba con unas pinzas la materia en fusión, sacaba unos lingotes de metal brillante y batíalos sobre un yunque. A cada momento figurábame que veía saltar cabezas humanas, pero sin ojos.

—¡Ojos, ojos!—murmuraba Coppelius con voz ronca.

No pude oír más; mi emoción era tan fuerte que, perdiendo casi el conocimiento, caí en tierra. Al ruido



COPPELIUS

que hice mi padre se estremeció; Coppelius, precipitándose sobre mí, levantóme del suelo rechinando los dientes, y me suspendió sobre la llama del crisol, que ya comenzaba á quemarme el cabello.

—¡ Ah!—gritó—¡ he aquí los ojos, y ojos de niño!

Al decir esto sacó del hornillo carbones encendidos y quiso ponerlos sobre mis párpados. Mi padre se esforzaba para contenerle, exclamando:

—¡ Maestro, maestro! respeta á mi Nataniel.

—Bien—dijo Coppelius—sea como quieras; mas por lo menos quiero estudiar los nervios de sus pies y de sus manos.

Así diciendo, hizo crugir de tal modo las coyunturas de mis miembros, que me parecía estar ya todo dislocado. Después todo quedó oscuro y silencioso, y no sentí ya nada. Al recobrarme de aquel segundo desvanecimiento, el suave hálito de mi madre comunicaba calor á mis labios helados, y preguntéla balbuciente:

—¿ Está aquí todavía el hombre de la arena?

—No, angel mío—contestóme— ha marchado y ya no te hará daño nunca; no le temas, porque desde ahora no te separarás de mí.

Y la buena y excelente mujer me estrechaba contra su seno con un estremecimiento de ternura mezclado de espanto.

¿ Te explicas tú, Lotario, el secreto de esta aventura? Una fiebre ardiente se apoderó de mí, y estuve cerca de seis semanas luchando con la vida y la muerte; en mis accesos de delirio creía ver siempre al hombre de la arena en la figura de Coppelius; mas no es esto lo más terrible de mi historia. Escucha más aún. Hacia un año que no veíamos ya á Coppelius, y algunos suponían que se hallaba ausente de la ciudad. Mi padre había recobrado poco á poco su alegría, volviendo á sus antiguas costumbres y dándonos pruebas de ter-

nura paternal; pero cierta noche, al dar las nueve en la vecina torre, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes, y en la escalera resonaron pesados pasos que producían un ruido semejante al del martillo cuando choca contra el yunque.

—¡Es Coppelius!—exclamó mi madre palideciendo.

—Sí, Coppelius—murmuró mi padre con cierta agitación;—pero es la última vez que debemos verle; yo os lo prometo. Mujer, acuesta á los niños y buenas noches.

Mi madre me condujo á la cama, y me acosté; mas apenas estuve sin luz, parecióme que me sofocaba y siniestras visiones me asaltaban por todas partes. Hacía ya largo tiempo que me hallaba en aquel estado de angustia y alucinación, cuando, al dar las doce de la noche, oyóse un ruido semejante al que produciría la detonación de un arma de fuego y que hizo retemblar las puertas y vidrieras; alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto, y después cerróse con estrépito la puerta de la calle. Salto del lecho y me precipito en el corredor; en la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores, y veo salir de ella una nube de humo negro é infecto; la criada grita:

—¡Mi amo!... ¡Pobre amo mío!

Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarradores. «¡Coppelius, Coppelius—exclamé yo—has muerto á mi padre!» Y caí al suelo privado de sentido.

Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, á pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo, lo cual nos hizo creer que Dios habría perdonado su alma sin pedirle cuenta de sus relaciones con Coppelius.

La explosión había despertado á todos los vecinos; el acontecimiento de aquella noche fué desde el día siguiente asunto de las conversaciones de toda la ciudad; los jueces expidieron una orden de prisión contra Coppelius, á quien la voz pública acusaba de asesino; pero el miserable había desaparecido sin que se pudiera saber qué camino seguía.

Y ahora, querido Lotario, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, sin duda no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. He reconocido bien las facciones, la estatura y la voz de Coppelius; se hace pasar por mecánico piamontés, y ha tomado el nombre de Giuseppe Coppola; pero á mí no me ha engañado, y estoy resuelto á vengar la muerte de mi padre.

CLARA A NATANIEL

Aunque no me hayas escrito hace largo tiempo, creo, amado mío, que no habrás desechado mi recuerdo de tu pensamiento ni de tu corazón, pues el otro día, al escribir á mi hermano, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Gracias á esta distracción, he sido la primera en abrir tu carta, y por las primeras líneas reconocí tu error. Hubiera debido no leer una palabra más, y llevar la carta á mi hermano; pero el principio de la historia que le referías despertó de tal modo mi curiosidad, que sentí como un extravío. Ese Coppelius es un personaje espantoso, y yo ignoraba hasta ahora el terrible accidente que te privó de tu querido padre. El maldito vendedor de barómetros á quien tu llamas Giuseppe Coppola, y que, según dices,